



UNA SUPERPOCICIÓN DE BIGOTES MUY SOSPECHOSA, QUE PONE DE MANIFIESTO LA INFLUENCIA QUE TUVO EL FIIHURER SOBRE EL PEN-SADOR ALEMAN.

El poder del bigotito

*H*itler estaba obsesionado con la búsqueda del libro de la Iluminación, a tal punto, que creía ciegamente que había sido escrito por un judío. El gobierno nazi ya había prohibido la difusión de las tesis de Freud y de Einstein, y había hecho quemar sus libros en ceremonias públicas. Como ya se corría el rumor de que el fabuloso libro contenía dentro de sí “innumerables libros”, el fiuhrer estaba fascinado con la idea de hacer desaparecer a miles y miles de ejemplares judíos con sólo quemar a uno de ellos: el autor del mencionado Libro.

El manifiesto Le Benard

Cuando Le Benard supo el interés que tenía el fiuhrer por el hueso de dragón levantó inmediatamente un acta al comité del C.E.N.L., en la que exponía públicamente su manifiesto de la libertad de traducción, en la que declaraba abiertamente que Hitler era un pésimo lector –o mejor aún-, que era “el peor de los lectores”.

Sus famosas “observaciones críticas” dirigidas a la figura del fiuhrer se basaban en tres puntos fundamentales, a saber:

Primero; la Svástica, que interpretó “para otro lado”. Segundo; el modelo de *Superhombre* que propuso Nietzsche y que engrandeció desmedida y equívocamente. Y tercero; el poder encriptado en su pequeño bigote.

El rasgo más característico de la personalidad del fiuhrer era –según Le Benard- el punto esencial – y misterioso- donde radicaba todo el infame poder para convocar a las masas. Era indudable que el bigotito de Hitler era por aquel entonces una réplica del bigotito del genio de la comicidad, Charles Chaplin; el mismo pequeño y oscuro signo velludo que aquel había logrado transformar en sinónimo de *atrocidad*. Estas dos grandes personalidades, que vivieron en la misma época luciendo en sus

famosos rostros, irónicamente, un mismo signo veloso (de apariencia aparentemente insignificante) pero, representando, al mismo tiempo y en forma casi simétrica, en uno lo cómico y en el otro lo trágico. Cada uno de ellos, Hitler y Chaplin, supieron servirse de él -cada uno a su manera-, para acaparar sobre sí mismos la mirada hipnotizada del mundo. Como sabemos ya: uno para hacer reír a la humanidad, y el otro para hacerla llorar.

Según Le Benard, la risa y el llanto eran significantes contrapuestos, los cuales producían sobre los rasgos de la cara un gesto decididamente similar, tanto cuando uno ríe como cuando uno llora. En ambos casos, el bigote tiende a expandirse hacia las comisuras de los labios, de modo que la pequeña mata de bello sobre el labio superior está presente tanto en el momento en que un hombre ríe, como en el momento en que un hombre llora. El bigote del cómico tanto como el bigote del dictador representan en la faz humana la misma mueca dinámica y sentimental que, como un espejo viviente, pueden los hombres reflejar en ellos, involuntariamente y por contracción, estos paradigmáticos estados anímicos tan opuestos y complementarios como son la alegría y la tristeza. Por eso, para Le Benard, el bigotito de Hitler y Chaplin son gracias a los medios de comunicación y publicitarios, los causantes y propagadores del llanto y de la risa de la humanidad.

Según un telegrama especial de Shanghái, los miembros investigadores de la entidad Francesa I. I. A. (Instituto de Investigaciones Arqueológicas) habían publicado una proclama pidiendo la colaboración de China, y solicitando su intervención amistosa con el gobierno francés por la discusión sobre los *derechos de traductor*, de la pieza histórica descubierta en tierra oriental.

Al día siguiente, en un diario local, apareció un artículo relacionado con este asunto:

París; Abril 26 –La junta China establecida en esta ciudad ha dado a la publicidad una declaración extraordinaria en la que manifiesta que se están urdiendo entre Francia y Estados Unidos, misteriosos manejos contra China, y que el arzobispo Helan llevó a Roma cartas del Presidente norteamericano sobre El Caso Le Benard.

La visión de Le Benard sobre los misteriosos criptogramas del Hueso se discutía otra vez.

Sin embargo, a principios de 1930 a Le Benard, la University Grants Commission de la India, al conocer un trabajo suyo sobre filología comparada indoeuropea, pero más precisamente con motivo de su afamada labor en Francia sobre la traducción del Hueso de Dragón, le encargó la reconstrucción del texto original del *Rig Veda*. La labor había sido ofrecida primeramente al catedrático de cultura y filosofía Indias, Adolfo Melié Esteller, quien trabajaba por entonces en la Universidad de Bombay. Después de muchos intentos el orientalista español, aunque su especialidad era la lengua sánscrita y Avesta, desistió finalmente de la hercúlea empresa al verse limitado en los conocimientos de la compleja y desconocida lengua. A mediados de 1930, Esteller rechazó la propuesta de trabajo, y en un viaje que realizó a Sudamérica, terminó dictando cursos de cultura sánscrita en la Argentina.

En 1931, Le Benard llegaba al final de su investigación de los criptogramas del hueso de dragón, en contra de una infame pared de tradiciones y escepticismos. La trascendencia de su entendimiento especulaba con la naturaleza de los ciclos. Él mismo dijo alguna vez que había una realidad, intrínseca en el psiquismo del hombre, que el hombre mismo nunca llegaría a analizar y comprender, y que, por dicha razón, debíamos preservar ese misterio humano, ese misterio del ser, e intentar descifrar su impenetrable secreto con el auténtico conocimiento de nosotros mismos.

“La mejor experiencia que podemos tener es el misterio” –dijo una vez. Y por algún extraño giro del destino, él mismo terminó siendo, -con esa pérvida confabulación que lo hizo desaparecer del mundo-, un misterio para la muerte.

“Yo nunca le hablé sobre el destino a mi tío François. Nunca le pregunté si le tenía miedo o no a la muerte” –Había confesado Le Benard, poco después de concluir su controvertida traducción del hueso-.

“Está en la esencia del corazón de las personas esta especie de horror al tiempo, esta incógnita concierne a cuanto es nuestra duración en este mundo”–confesó alguna vez a uno de sus amigos y colegas de su círculo más íntimo, como fue el coronel Turcotte, quien dijera de él, años después, al ser preguntado sobre su relación con la vejez y con la muerte:

“Le Benard odiaba la vejez. Solo bastaba con que se pusiera a pensar en ella para que empezara a palidecer. Si no hubiera encontrado el oscuro desenlace de su desaparición que hoy nos mantiene en vilo su misterio, estoy seguro que al envejecer se hubiera identificado con la tranquilidad de los árboles y las hojas. Su mente brillante, poblada de lenguas y dialectos, hubiera comenzado lentamente a desvanecerse con la edad; sólo algunas letras de su basto y prolífico lenguaje hubieran logrado sobrevivir en las penumbrosas márgenes de su extraño e impenetrable pensamiento”.

Por aquella época, lejos de pasar por un tiempo de verdadero sosiego y de reencuentro consigo mismo, pasó a ser de público conocimiento su delicada salud mental. Después de la traducción del Hueso, la persecución de Hitler y la seguida pérdida de Cristelle, la mujer de sus sueños y desvelos, todo el mundo pudo descubrir que el doctor se había convertido a sí mismo, repentinamente, en un vacío de miedo a la muerte.

¿Por qué no intenta con un trabajo terapéutico, doctor? –Le preguntó uno de sus allegados-.

“No; no quiero ser objeto de ningún análisis –dijo rotundamente-. Solo quiero irme. Irme lejos, muy lejos de mí. Ya he postergado varios años mi anhelada partida. Mi trabajo con el hueso de dragón ya está concluido, ahora mi último deseo es conocer a alguien. Después de eso estaré listo. Cuando llegue el momento, lo voy hacer a mi manera”.